
ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Vista de muchos aposentos.—Noche oscura.

DANIEL. (Con una linterna y un lío de ropa.)—Adios, casa querida maternal... me has dado tantos bienes y alegrías, mientras vivió mi difunto amo... lágrimas sobre sus restos, largo tiempo ha corrompidos. Es lo que exiges de un antiguo servidor... Era amparo de huérfanos y puerto de refugio de los desvalidos, y este hijo suyo la ha transformado en caverna de asesinos... ¡Adiós tú, suelo querido! ¡cuántas veces te ha barrido el viejo Daniel!... ¡Adiós tú, estufa de tantos recuerdos! el viejo Daniel se despide de tí con dolor... Todo esto era para tí tan familiar... y su recuerdo te llenará de aflicción, anciano Eliezer... , pero Dios me conserve en su gracia contra los engaños y astucias del perverso... Pobre vine aquí... pobre me voy, pero se salva mi alma. (Al irse, entra Franz asustado, y en traje de dormir.) ¡Dios me asista! ¡Mi señor!

FRANZ.—¡Vendido, vendido! Los espíritus, levantándose de sus tumbas, me persiguen... el imperio de los muertos, despertando violentamente del sueño eterno, me grita: ¡asesino, asesino!... ¡Quién anda ahí?

DANIEL. (Con terror.)—¡Socórreme, Santa Madre de Dios!

¿Sois vos, poderoso señor, clamando horriblemente por estas bóvedas, y despertando á los que duermen?

FRANZ.—¿A los que duermen? ¿Quién os manda dormir? ¡Anda, enciende luz! (Sale Daniel y entra otro criado.) Nadie debe dormir á esta hora. ¿Oyes tú? ¡Arriba todo el mundo!... ¡á las armas!... todos los fusiles cargados... ¿No los has visto removerse allá, en el corredor?

EL CRIADO.—¿A quiénes, señor?

FRANZ.—¿A quién, estúpido, á quién? ¿preguntas á quién con tanta frialdad, con tanta indiferencia? ¿Me ha acometido quizás una especie de vértigo? ¿A quién, asno? ¿á quién? ¡Espíritus y demonios! ¿Está muy adelantada la noche?

EL CRIADO.—Ahora mismo ha cantado las dos el sereno.

FRANZ.—¿Cómo? ¿Durará esta noche hasta el día del juicio? ¿No oíste ruido aquí cerca? ¿Ni gritos de triunfo? ¿Ni caballos galopando? ¿En dónde está Car... el conde, quiero decir?

EL CRIADO.—¿No sé, señor!

FRANZ.—¿No lo sabes? ¿Tú eres también su cómplice? Voy á arrancarte del pecho el corazón! ¡Con tu maldito no sé! Anda, tráeme el sacerdote.

EL CRIADO.—¡Poderoso señor!

FRANZ.—¿Gruñes? ¿Tardas? (El criado se va precipitadamente.) ¿Cómo? ¿Hasta los mendigos se conjuran contra mí? ¡Cielo, infierno! ¿Todo contra mí?

DANIEL. (Con una luz.)—Señor...

FRANZ.—¡No, no tiemblo! Era sólo un sueño... Los muertos no resucitan... ¿quién dice que tiemblo y que estoy pálido? Me siento tan bien, tan alegre...

DANIEL.—Estáis mortalmente pálido; vuestra voz es temblorosa y balbuciente.

FRANZ.—Tengo calentura. Cuando venga el sacerdote, di sólo que estoy enfermo. Dile que quiero sangrarme mañana.

DANIEL.—¿Queréis que eche éter en azúcar?

FRANZ.—¿Éter con azúcar? El sacerdote no vendrá aquí tan pronto. Mi voz está temblona y balbucea; dame éter con azúcar.

DANIEL.—La llave, y lo sacaré del armario...

FRANZ.—¡No, no! ¡Quédate! ó yo mismo iré. Quédate aquí; no quiero estar solo... y aunque quisiera, ¡ya ves!... quizá me desmayara... sin compañía... ¡Déjalo, déjalo! Pasará, si te quedas.

DANIEL.—¡Oh! ¡estáis enfermo seriamente!

FRANZ.—Sí; sin duda, sin duda. Esto es todo... Y las enfermedades perturban el cerebro, y engendran locos y extraños fantasmas... Pero nada significan los sueños... ¿No es verdad, Daniel? Los sueños vienen del estómago, y nada significan... hace muy poco tuve uno agradable. (Cae desmayado.)

DANIEL.—¡Jesucristo! ¿Qué es esto? ¡Jorge! ¡Conrado! ¡Sebastián! ¡Martín! ¡Dad una sola señal de vida! (Lo sacude.) ¡Santa María, Santa Magdalena, San José! ¡Recobrad sólo vuestros sentidos! Van á creer que yo lo he matado. ¡Dios se apiade de mí!

FRANZ. (Delirando.)—¡Lejos... lejos! ¿por qué me sacudes así, esqueleto de la muerte?... los muertos no resucitan...

DANIEL.—¡Dios misericordioso! Ha perdido la razón.

FRANZ. (Levantándose abatido.)—¿En dónde estoy?... ¡tú, Daniel! ¿qué he dicho? ¡no hagas caso! he dicho una mentira, sea lo que fuere... ven... ayúdame... es sólo un desvanecimiento momentáneo... porque yo... porque yo... no he dormido.

DANIEL.—¡Si tan solo estuviera ahí Juan! Quiero llamar á alguien; voy á buscar al médico.

FRANZ.—¡Quédate! Siéntate á mi lado en este sofá... así... tú eres un desdichado, un buen hombre. Deja que te cuente...

DANIEL.—Ahora no, otra vez. Os llevaré á la cama; el descanso es lo mejor.

FRANZ.—No; yo te lo ruego; deja que te lo cuente, y búrlate luégo de mí cuanto quieras... Mira; soñaba que había celebrado un suntuoso banquete, y mi corazón rebo-saba de placer, y que yacía ebrio en el césped del jardín del castillo; de repente... era el mediodía... de repente; pero te repito que te burles de mí cuanto quieras.

DANIEL.—¿De repente?

FRANZ.—De repente ensordeció mis oídos un trueno horroroso. Me levanté temblando, y me pareció ver todo el horizonte hecho una llama, y que las montañas, las ciudades y los campos se derretían como la cera en el horno, y un huracán espantoso barria á la mar, al cielo y á la tierra... entonces se oyó una voz, como si saliese de una trompeta de bronce: «tierra, devuelve tus muertos; mar, entrega los tuyos!» El campo desnudo comenzó entonces á removerse y abrirse, y á vomitar calaveras, costillas, cuellos y piernas, que se juntaban formando cuerpos humanos, y en corriente infinita y viva. Miré hacia arriba, y me vi al pie del Sinaí, despidiendo truenos, y encima y debajo de mí, una muchedumbre infinita, y arriba, en la montaña, en tres sillones ardiendo, tres hombres, ante cuya mirada hufan todas las criaturas...

DANIEL.—Eso es una pintura exacta del juicio final.

FRANZ.—¿No es verdad que todo esto es puro delirio? Y se presentó un personaje majestuoso, como la noche estrellada, teniendo en la mano un sello de hierro, y lo mantenía entre el Oriente y el Occidente, y dijo: «Eterno, santo, justo, infalible! Sólo hay una verdad, sólo una virtud. ¡Ay, ay del gusano miserable que lo dude!...» Y apareció otro con un espejo brillante, que mantuvo entre el Oriente y el Occidente, y exclamó: «Este espejo es la verdad; la hipocresía y el disimulo no lo resisten»; y yo me asusté y

todo el pueblo, porque vimos reflejarse en el espejo horribles cabezas de tigres y de leopardos... Y se presentó un tercero, con un peso de bronce, que tuvo entre el Oriente y Occidente, y gritó: «Acereaos, hijos de Adán; yo peso los pensamientos en el platillo de mi cólera, y las obras con el peso de mi furor...»

DANIEL.—¿Dios se compadezca de mí!

FRANZ.—Todos se quedaron blancos como la nieve, y el temor y la esperanza hacían latir violentamente todos los pechos. Creí que entre las tempestades de la montaña se pronunciaba mi nombre, y se heló hasta la médula de mis huesos, y mis dientes chocaron unos con otros. La balanza comenzó á sonar en seguida, los peñaseos á despedir truenos, y las horas, una tras otra, á pasar junto al platillo y echar en él cada una un pecado mortal...

DANIEL.—¡Oh! ¡Que Dios os perdone!

FRANZ.—¿No lo hizo así!... El platillo creció como una montaña, pero el otro, lleno de sangre de la redención, lo mantenía en los aires... Al fin se presentó un anciano, encorvado por las penas, con los brazos mordidos por rabiosa hambre, y todos los ojos se apartaron de él; yo lo conocí, y cortó un mechón de sus cabellos de plata, lo puso en el platillo de los pecados, y se hundió, sí, se hundió este en los abismos, y el de la redención se elevó á lo alto... Sonó entonces una voz entre el trueno de la montaña, que dijo: «Gracia, gracia para todos los pecadores de la tierra y de lo profundo; ¡tú solo eres condenado!...» Largo silencio... Ahora bien; ¿por qué no te ries?

DANIEL.—¿Cómo me he de reír, si hasta las carnes me tiemblan? Los sueños vienen de Dios.

FRANZ.—¡Quita, quita allá! ¡No digas eso! ¡Llámame loco, estúpido, sandio y necio! Hazlo, querido Daniel, yo te lo suplico; búrlate lindamente de mí.

DANIEL.—Los sueños vienen de Dios. Voy á orar por vos.

FRANZ.—Tú mientes, te digo... véte ahora mismo; corre, vuela, averigua en dónde está el sacerdote; que venga, que venga sin detenerse; pero te repito que mientes.

DANIEL. (Al irse.)—¡Dios se compadezca de vos!

FRANZ.—¡Sabiduría popular! ¡Miedo popular!... Aun no se ha averiguado si lo que pasó es pasado, ó si la Providencia vela sobre las estrellas... ¡Hum, hum!... ¿Quién me lo sugirió? ¿Hay allí alguién sobre los astros, encargado de la venganza?... ¡No, no! ¡Sí, sí! Parece que balbucean misteriosamente á mi rededor: ¡Sobre las estrellas hay un juez! ¡Salir esta misma noche al encuentro de ese vengador sobre las estrellas! ¡No, digo yo!... Refugio miserable, detrás del cual se ampara tu cobardía... desierta, solitaria, muda está esa región sobre los astros... ¿Y si hubiera allí algo? ¡No, no; no lo hay! Yo ordeno que no lo haya. Pero ¿y si lo hay? ¡Ay de ti, si te piden la cuenta de tus acciones! ¡si esta misma noche has de presentarla!... ¿Por qué tiemblo hasta los huesos?... ¿Morir? ¿Por qué me confunde esta palabra? ¿Responder de mis acciones á ese vengador, más alto que las estrellas?... Y si es justo, ¡huérfanos y viudas, oprimidos y víctimas clamarán á él! Y si es justo... ¿por qué, pues, han sufrido, por qué has triunfado tú de ellos? (Entra el sacerdote Moser.)

MOSER.—¿Me mandáis, señor, llamar? Me extraña. Es la primera vez de mi vida. ¿Os proponéis burlaros de la religión, ó comenzáis ya á temerla?

FRANZ.—Burlarme ó temerla, según sean tus respuestas... Oye, Moser, intento probarte que tú eres un loco, ó que tienes por tales á los demás. ¿Oyes? Respóndeme por tu vida.

MOSER.—Llamáis ante vuestro tribunal al Altísimo. El Altísimo os contestará en su día.

FRANZ.—Quiero saberlo ahora, en este momento, para no cometer locuras vergonzosas, y no invocar en trances

apurados los ídolos del pueblo. Te he dicho con frecuencia, animado por el vino de Borgoña, y con risa burlona: «no hay ningún Dios...» Ahora hablo formalmente contigo y te repito: «no lo hay.» Me combatirás con todos tus armas, pero yo te derrotaré con solo el aliento de mi boca.

MOSER.—¡Si pudieras rechazar tan fácilmente el trueno y el peso de diez mil quintales, que ha de caer sobre tu alma orgullosa! Este Dios omnisciente, al que tú, loco y perverso, borras á tu antojo de la creación, no necesita justificarse por la voz de un poco de polvo. Tan grande es en tus tiranías, como en la sonrisa de la virtud victoriosa.

FRANZ.—¡Soberbio sacerdote! Me agrada tu lenguaje.

MOSER.—Yo represento á un dueño más poderoso, y hablo con un gusano como yo, á quien no me propongo agradar. Habría yo de hacer milagros, para que en tu perversidad empedernida pudiera arrancarte una confesión de tu yerro... Pero si tu convicción es tan firme ¿por qué me haces llamar? Dime, pues, ¿por qué me mandas llamar á media noche?

FRANZ.—Porque me fastidio y no me agrada jugar al ajedrez. Quiero entretenerme pellizcando á un sacerdote. Con esos vanos fantasmas no doblarás mi entereza. Bien sé que descansa en la eternidad el que se halla estrecho en este mundo; pero se engaña cruelmente. Siempre he leído que nuestra vida no es otra cosa que el movimiento de la sangre, y que con su última gota se desvanece el alma y el pensamiento. Si produce todas las debilidades de nuestro cuerpo, ¿por qué no ha de cesar con su destrucción? ¿Por qué no ha de desaparecer con su podredumbre? Si se introduce una sola gota de agua en tu cerebro, tu vida hace una pausa repentina, siguiéndole el no ser, y, si éste dura, la muerte. La sensación es la vibración de algunas cuerdas, y el piano roto no vuelve á sonar. Si hago arrasar mis

siete castillos, si rompo esta Venus, volaron] la simetría y la belleza. He aquí nuestra alma inmortal.

MOSER. — Esa es la filosofía de vuestra desesperación, pero vuestro propio corazón, que, al conocer estas pruebas, late violentamente en vuestro pecho lleno de angustia, demuestra su falsedad. Sólo las palabras: «has de morir,» destrozán esa tela de araña, ese sistema... Os anuncio además, y os servirá de argumento contundente, que cuando vuestra muerte se aproxime mantengáis la verdad de esos principios, porque si lo hacéis así, habéis ganado; pero ¡ay de vos, si al morir os asalta la más ligera duda, porque entonces os engañáis por completo!

FRANZ. (Confeso.) — ¿Si á la hora de la muerte siento el más ligero temblor?

MOSER. — He visto muchos miserables, que hasta ese momento desafiaban la verdad con orgullo satánico; pero, al morir, la ilusión se desvanece. Estaré, cuando agonicéis, al lado de vuestro lecho... mucho más, deseando observar cómo sucumben los tiranos... y estaré allí y os miraré fijamente, cuando el médico toque vuestra mano húmeda, y apenas encuentre el pulso que se pierde, y alzando los hombros horriblemente, diga: ¡Nada pueden ya los medios humanos! Guardaos, pues; guardaos, os repito, de igualaros á un Nerón ó á un Ricardo.

FRANZ. — ¡No, no!

MOSER. — Hasta ese mismo nó se trocará en un sí lamentable... Un juez interior, á quien no sobornan jamás vuestras sutilezas escépticas, acudirá entonces y hará plena justicia. Despertaréis, como despierta el enterrado vivo en el cementerio de la iglesia, y sentiréis la misma lucha que el suicida, después que se ha herido de muerte y se arriente; será como un relámpago que ilumina la media noche de nuestra vida; será una mirada, y, cuanto más persistáis en vuestro propósito, más ganaréis.

FRANZ. (Paseándose inquieto arriba y abajo.) — ¡Charlatanería, charlatanería de sacerdote!

MOSER. — Entonces, por vez primera, atravesarán dolorosamente vuestra alma los puñales de la eternidad; y entonces, por primera vez, demasiado tarde... la idea de Dios evoca otra imagen inmediata y terrible, que es la de juez. Mirad, Moor; de la punta de vuestro dedo penden las vidas de mil personas, y de ese millar habéis hecho desgraciados á los novecientos noventa y nueve. Os falta el imperio romano para ser un Nerón, y el Perú para ser un Pizarro. ¿Creéis que Dios ha de permitir que en su mundo viva como furioso déspota un solo hombre, y que todo lo trastorne? ¿Creéis que esas novecientas noventa y nueve personas no han de servir más que para padecer, y para ser instrumentos de un juego satánico? ¡Oh! ¡No lo penséis! De cada minuto de su tormento, de cada alegría que emponzoñáis, de cada perfeccionamiento que les robáis, seréis un día acusado, Moor, y si respondéis, habréis conseguido la victoria!

FRANZ. — ¡Nada más! ¡Ni una palabra más! ¿Quieres que yo me sujete á tus negras cavilaciones?

MOSER. — Tened entendido que el destino de los hombres depende de un bello y temible equilibrio. Cuando baja el platillo de la balanza en esta vida, sube en la otra, y si sube en esta, baja hasta la tierra en la contraria. Los dolores pasajeros de la una son en la otra triunfos eternos; lo que aquí es placer finito, es allí desesperación eterna é infinita.

FRANZ. (Alejándose con aire feroz.) — ¡Que el trueno te haga mudo, espíritu de mentira! ¡Voy á arrancarte de la boca tu lengua maldita!

MOSER. — ¿Tan pronto sentís el peso de la verdad? Pero nada he dicho todavía de las pruebas. Dejad que exponga las pruebas, que...

FRANZ. — ¡Cállate! Véte al infierno con tus pruebas. El

alma será aniquilada, te digo, y nada tienes que responder á esto.

MOSER. — De aquí que giman los espíritus del abismo; pero el que está en el cielo mueve la cabeza. ¿Creéis escapar al brazo del remunerador, refugiándoos en el desierto imperio de la nada? Si os dirigís al cielo, allí está. Si le rogáis en el infierno, también está allí. Si decís á la noche: ¡ocúltame! y á las tinieblas: ¡amparádme! las tinieblas se iluminarán á vuestro rededor, y en torno al condenado la media noche se trocará en día... pero vuestro espíritu inmortal se rebela contra estas palabras, y se sobrepone á esos pensamientos ciegos.

FRANZ. — Yo no quiero ser inmortal... séalo quien lo desee, porque yo no me opongo. ¡Quiero obligarlo á que me aniquile! Quiero excitar su ira, para que, vencido por ella, me aniquile. Decidme: ¿cuál es el mayor pecado, el delito que más lo enfurece?

MOSER. — Sólo dos conozco. Pero los hombres, en lo general, no los cometen, ni casi se acuerdan de ellos.

FRANZ. — ¿Y esos dos...?

MOSER. (Con gran solemnidad) — Parricidio se llama el uno, y fratricidio el otro... ¿Por qué palidecéis así?

FRANZ. — ¿Cómo, anciano! ¿Estás de acuerdo con el cielo ó con el infierno? ¿Quién te ha dicho eso?

MOSER. — ¡Ay de aquel que lleva el peso de ambos en su corazón! ¡Más le valiera no haber nacido! Pero sosegaos. No tenéis padre ni hermano.

FRANZ. — ¡Ah!... ¿cómo? ¿no conoces ninguno mayor? Reflexiona un poco... ¡Muerte, cielo, eternidad, condenación aguardan la réplica del sonido de tus labios... ¿no hay ninguno más?

MOSER. — ¡Ninguno!

FRANZ. (Cayendo desplomado en una silla.) — ¡Aniquilamiento! ¡Aniquilamiento!

MOSER. — ¡Regocijaos, pues!... ¡celebrad vuestra buena fortuna!... A pesar de todos vuestros crímenes, sois un santo comparado con el parricida. La pena que os espera, con relación á la que aguarda á esos delincuentes, es un cántico amoroso... la expiación...

FRANZ. (Con ira.) — ¡Véte á los profundos abismos, buho de mal agüero!... ¿quién te ha traído aquí? ¡véte, ó te paso de parte á parte!

MOSER. — ¿Quién diría que la charla de un sacerdote había de derrotar así á un filósofo, armado de todas sus armas? ¡Disipada, pues, con el soplo de vuestra boca! (Vase; Franz se mueve en su silla con desasosiego.)

UN CRIADO. (Que entra apresuradamente.) — Amalia ha huído, y el Conde ha desaparecido de repente.

DANIEL. (Que llega sobresaltado.) — Señor! Una tropa de fogosos jinetes baja por la montaña gritando: «¡al asesino, al asesino!...» Toda la aldea está alarmada.

FRANZ. — ¡Corre! que toquen todas las campanas; que todos vayan á la iglesia... y que se arrodillen, y... rueguen por mí... Soltad todos los presos, y dadles libertad... Daré á los pobres el doble y el triple... quiero... véte, pues... y llama al confesor para que me absuelva de mis pecados... ¿No te has ido aún? (El tumulto se oye más cerca.)

DANIEL. — ¡Perdóneme Dios mis pecados mortales! ¿Cómo conciliar esto? Siempre habéis rechazado todas las oraciones, y tirádome á la cabeza todos los libros de sermones y las Biblias, cuando me sorprendíais rezando...

FRANZ. — ¡No me hables más de ello!... ¡Morir! ¿ves tú? ¡Morir! ¡Es demasiado tarde! (Oyense los gritos de Schweizer.) ¡Reza, pues; reza!

DANIEL. — Siempre os lo he dicho... despreciais la oración... pero atended, atended: cuando el hombre se ve en trances peligrosos, cuando el agua nos llega al cuello, damos todos los tesoros del mundo por un suspirillo cris-

tiano... ¿Veis? ¿Os burlabais de mí? ¡Ahora os toca la vez! ¿Lo veis?

FRANZ. (Abrazándolo con efusión.)— ¡Perdóname, querido Daniel, perdóname, perla engarzada en oro!... quiero vestirme desde los pies á... así, reza... voy á ponerte como si te fueras á casar... quiero... pero reza... te conjuro... te lo suplico de rodillas... en nombre del diablo... pero reza, pues. (Bullicio fuera, gritos y golpes.)

SCHWEIZER. (Fuera.)— ¡Al asalto! ¡matad! ¡romped! ¡veo luz! ¡Abi ha de estar!

FRANZ. (Cayendo de rodillas.)— ¡Oye mi súplica, Dios del cielo!... Esta es la vez primera... ¡ojalá nunca hubiera llegado!... ¡pensalza mi ruego, Dios del cielo!

DANIEL.— ¡Por vida mía! ¿Qué hacéis? Eso es orar impíamente. (Se oyen las voces del pueblo.)

EL PUEBLO.— ¡Ladrones! ¡Asesinos! ¿Quién hace este horrible ruido á media noche?

SCHWEIZER. (Siempre desde fuera.)— ¡Rechazadlo, compañeros!... es el diablo, y quiere apoderarse de vuestro señor... ¿en dónde está Schwartz con su gente?... cercad el castillo, Grimm... ¡Corred al asalto por el muro exterior!

GRIMM.— ¡Tened vuestras teas incendiarias!... ó nosotros arriba ó él abajo... yo pondré fuego á su sala.

FRANZ. (Orando.)— Yo no he sido ningún vulgar asesino, Dios mío... he despreciado siempre esas pequeñeces, Dios y Señor...

DANIEL.— ¡El Todopoderoso nos favorezca! ¡Hasta sus oraciones son pecaminosas! (Piedras y antorchas encendidas vuelan por todas partes; rómpense los cristales; el castillo arde.)

FRANZ.— No puedo orar... ¡aquí, aquí! (Señalando al pecho y á la frente.) ¡todo tan vacío, tan árido! (Levantándose.) ¡No, no quiero tampoco orar!... el cielo no logrará de mí este triunfo, ni el infierno me hará esta burla...

DANIEL.— ¡Jesús María!... ¡socorro!... ¡auxilio!... ¡todo el castillo arde!

FRANZ.— Aquí, toma esta espada. ¡Pronto! Atraviésame con ella las entrañas, no vengan esos malvados y se mofen de mí. (El fuego estalla cerca.)

DANIEL.— ¡Libreme Dios! ¡Libreme Dios! No puedo enviar á nadie al cielo antes de tiempo... mucho menos al... (Sale corriendo.)

FRANZ. (Signiéndole con la vista fijamente, después de una pausa.)— Al infierno, querias decir... ¿verdaderamente? Algo de eso me presumo... (Delirando.) ¿Son estos sus plácidos cantos? ¿No os oigo ya silbar, víboras del abismo?... Redoblan sus esfuerzos... sitian la puerta... ¿por qué temo tanto á esta punta afilada?... la puerta cruje... cae... no es posible escapar... ¡Ah! ¡Compadécete de mí! (Arranca la cadena de oro que lleva al cuello, y se ahorca.)

SCHWEIZER. (Con su gente.)— ¡Asesino, canalla! ¿en dónde estás?... ¿visteis cómo huían?... ¿tan pocos amigos tiene?... ¿en dónde se ha escondido este animal?

GRIMM. (Tropezando con el cadáver.)— ¡Alto! ¿qué hay aquí en el suelo? ¡Alumbrad aquí!...

SCHWARTZ.— ¡Nos ha prevenido! ¡Envainad vuestras espadas! He lo ahí, reventado como un gato.

SCHWEIZER.— ¿Cómo? ¿Muerto? ¿Muerto sin mí?... Te digo que se hace el muerto... veréis qué pronto salta sobre sus piernas... (Lo sacude.) ¡Hola, hombre! ¡Hay un padre que asesinar!

GRIMM.— ¡Es inútil! Está muerto del todo.

SCHWEIZER. (Alejándose de él.)— ¡Sí, si no se alegra... bien muerto está!... Volved y decid al capitán que está enteramente muerto... á mí no me verá más. (Levántase la tapa de los sesos.)